

1896

LA CAUSA GUADALUPANA

LOS
ULTIMOS VEINTE AÑOS

(1875 - 1895)

CON EL FINAL DE LA CORONACIÓN

DE LA

CELESTE IMAGEN DEL TEPEYAC.

APÉNDICE

SOBRE LA CARTA ANTIGUAGALUPANA DEL
SR. GARCÍA ICAZBALCETA.

DISERTACION DEL LIC. D. JUAN LUIS TERCERO



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras

VICTORIA

IMPRENTA DEL GOBIERNO DEL ESTADO EN PALACIO,
Dirigida por Víctor Pérez Ortiz.

1896

Ilmo. Sr. Arzob. Marcon.

660

8

3

BT660
.G8
T4

3



1080015034

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

Handwritten text, likely a signature or date, in cursive script.

LA CAUSA GUADALUPANA

LOS
ULTIMOS VEINTE AÑOS

(1875—1895)

CON EL FINAL DE LA CORONACIÓN

DE LA

CELESTE IMAGEN DEL TEPEYAC.

APÉNDICE

SOBRE LA CARTA ANTIGUADALUPANA DEL
SR. GARCIA ICAZBALCETA.

DISERTACION DEL LIC. D. JUAN LUIS TERCEKO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Telles
VICTORIA

IMPRENTA DEL GOBIERNO DEL ESTADO EN PALACIO,
Dirigida por Victor Pérez Ortiz.

1896



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLES



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

42504

BT660

68

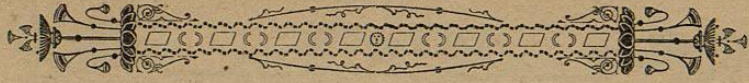
T4



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonso XII
Biblioteca de la Universidad



El Olvido, Junio 28 de 1896.

Sr. Lic. Don Juan Luis Tercero.

C. Victoria.

Mi estimado compadre y señor:

Cuando recibí el ocurso de vd. relativo á su última producción "La causa Guadalu-pana en los últimos veinte años," creí que de su escritorio pasaba al mío, porque no se me remitió su escrito por lo muy enfermo que me encuentro. Ahora que lo veo, porque lo pedí, veo también que el Ilmo. Sr. Obispo de Cuernavaca ya lo revisó, y no sólo lo aprueba, sino que lo llena de justos elogios. Si yo me pusiera á censurar ó revisar ese escrito, sujetaría al mío el juicio de aquel virtuoso y sabio Prelado, y ésto no sería decente ni yo lo pretendo.

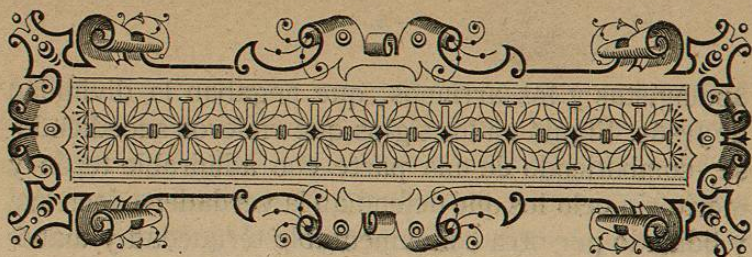
Puede vd. dar á la Prensa su obra, y tanto vd. como los que la lean están perfectamente garantizados con el Prólogo y firma del Sr. Vera.

Consérvese vd. con la salud que le desea su compadre S. S. y Capellán.

† Eduardo,

Obispo de Tamaulipas.

005383



PRÓLOGO.

NAMÁS acontecimiento alguno ha despertado en el pueblo mexicano tan vivo interés y satisfacciones y consuelos tan dulces, como el hecho singularísimo de la gloriosa Aparición de la Inmaculada Madre de Dios á Juan Diego en el Tepeyac, diez años después de la conquista de Nueva España, en 1531. Y sin embargo, á pesar de llevar en sí mismo este faustísimo suceso los más vigorosos y brillantes caracteres de credibilidad, no han faltado por desgracia en una ú otra época algunos ingenios, que haciendo gala de someterse á las inaceptables exigencias de una insana crítica, y tal vez por espíritu de imitación, se esforzaron en imaginar dificultades y producir contrarios argumentos, que no por ser con frecuencia victoriosamente rebatidos, dejaron de ser en nuevas ocasiones presentados bajo una ú otra forma, siempre la misma en la sustancia, por más que apareciese distinta en los accidentes.

Secular y continua ha sido siempre en el mundo la lucha entre el error y la verdad. Húbola ya á raíz de la fundación de la Iglesia Católica entre sus denodados

apologistas y los arrianos, que negaban la divinidad de Jesús. Siguió en los siglos que vinieron sucediéndose, combatiendo de una parte con admirable tesón y meritorio celo los que defendían la verdadera doctrina, y lidiando por otra con lamentable terquedad y diabólica saña los partidarios del error.

Ocurriendo, pues, en todos los tiempos tan graves disidencias, aun tratándose de los dogmas y enseñanzas más respetables de nuestra augusta religión; no es maravilla, por más que sea desconsolador, que acerca del acontecimiento gloriosísimo de la Aparición de María en el Tepeyac, hayan existido alguna vez espíritus extraviados, que con especiosos argumentos se resistiesen á creerla.

Dedicáronse á rebatir en todo tiempo esas aparatosas objeciones, ardorosos y eruditos paladines, que por su dicha consagran toda su actividad y sus talentos á la defensa de la Madre Augusta de Dios, la Virgen aparecida del Tepeyac. Entre esa nobilísima pléyade de apologistas Guadalupanos, así nacionales como extranjeros, lucen con perpétua gloria Tornel y Mendívil, Anticoli, González, Cuévas, La Rosa y el Lic. Juan Luis Tercero, afortunado autor de «La Causa Guadalupana en los últimos veinte años. 1875-1895.»

En su amable modestia llámase el señor Tercero, «viejo Sargento de la Guardia Guadalupana;» pero firmemente creo que con mucha justicia pudiera acordársele más elevada graduación, pues grande es la perspicacia con que al dar cuenta de los argumentos de los escritores Guadalupanos, desentraña en esta obra la idea culminante, la prueba más expresiva y la réplica más oportuna y contundente. Y en este merísimo trabajo de diligente «espigador,» como él ha preferido llamarse, ¡qué observaciones tan profundas! ¡cuántas ideas propias con graciosa novedad explicadas! ¡qué desahogos tan tiernos de su amor entusiasta y ardiente á la purísima Virgen aparecida!

Ventura grande ha sido para la causa Guadalupana la idea felicísima de nuestro elegante escritor, al proponerse epilogar en su hermoso libro los triunfos en buena hora cosechados por nuestra Madre amantísima de Guadalupe en los últimos veinte años. Con el exquisito gusto y el recto criterio de que le ha dotado Dios Nuestro Señor, pasa escrupulosa revista á todas las obras que desde 1875 á 1895 han venido publicándose en defensa de la verdad de la Aparición; y justo es reconocer que ha logrado verificarlo á maravilla. Cuando con tan noble fin se desciende á la arena, y tan apreciables dotes de inteligencia, intrepidez y constancia se despliegan en este singular combate; cuando á más de la estrategia y bravura en el luchador, admiramos en el ardoroso paladín la cristiana generosidad y delicadas atenciones del vencedor, no es, en verdad, el grado humilde de «Sargento de la Guardia Guadalupana» el que al señor Licenciado Don Juan Luis Tercero corresponde, sino el de General inteligente y animoso, avezado á las justas históricas y literarias, diestro en el pelear y generoso al vencer.

En esta sagrada lucha bien sabemos que desde hace muchos años viene empleando con honra sus talentos y generosos bríos. Él mismo nos recuerda con oportuno desahogo de acendrada piedad, el triunfo de la Inmaculada Virgen de Guadalupe en la muerte del periódico *El Porvenir*, que se había permitido también arrojar su piedrecita á la verdad de la Aparición, publicando unas seis cartas del Doctor Mier, de triste memoria. Con segura y elevada crítica deduce en favor de este acontecimiento glorioso del Tepeyac, siete importantísimas conclusiones, al dar cuenta del proceso formado contra Bustamante, y nota la providencial impresión de la obra de Suárez de Peralta, y la oportunidad de que últimamente hayan sido dadas á luz las Informaciones jurídicas de 1666 y de 1723.

Cuando con tan abominable sutileza va invadiendo

en este siglo los espíritus el triste afán de sacudir el yugo suavísimo de la Iglesia, inutilizando las salvadoras trabas que deben dirigir el pensamiento, y aspirando á sentar plaza de sabios con sólo examinar con cierto aire de superioridad y de rebeldía las verdades altísimas de la fe y las respetables enseñanzas del Vicario de Jesucristo; es ciertamente de mucho consuelo y de grande edificación contemplar la adhesión entusiasta del autor á las doctrinas de la Iglesia, al recordar las Letras Apostólicas de Benedicto XIV, la condenación de los errores contenidos en el Syllabus y las decisiones del Concilio Ecuménico del Vaticano.

Atinadas son en alto grado las reflexiones que á nuestro denodado paladín sugieren las páginas de «El Magisterio de la Iglesia,» escrito por el benemérito P. Antícoli, de la Compañía de Jesús, para descubrir nuevos é importantísimos rumbos que con facilidad pueden recorrer los apologistas en sus tareas polémicas y apologéticas en defensa de la Aparición; y no era ciertamente de omitir la espléndida victoria, que, como siempre, fácilmente obtuvo el sabio jesuita sobre una obrita titulada «Estudio teológico, etc.» Con todo esto y otras nueve conclusiones, que en su profundo análisis sobre el asendereado proceso tan justamente formado por el Ilmo. Sr. Montúfar contra el P. Bustamante, hace en el capítulo V el Sr. Tercero, acentúanse cada vez más de una manera brillantísima el estado de la cuestión y el delicado temple de las valiosas armas que con tanta bizarría como inteligencia sabe blandir el aventajado autor.

Sabe él muy bien en qué consiste la verdadera filosofía de la historia, y en su consecuencia, gózase en rendir pleito homenaje á la majestad de las leyes de la crítica, defendiendo con perspicacia y maestría la legitimidad de las antiguas historias de la Aparición, y explicando con exquisito criterio el por qué de las omisiones que dan ocasión al llamado argumento ne-

gativo. Y va todavía más allá en este punto de tan agitada controversia; pues pasando revista á los historiadores de todas las épocas, nota con acierto la conexión que existe entre las obras de los más antiguos, para poner en claro la nobleza de su origen, y estudiando con singular penetración los misterios por mucho tiempo inadvertidos de la ley del *recato*, descubre con mucha claridad la razón del silencio de algunos.

En el milagro que ante millares de espectadores tuvo lugar á últimos del pasado siglo en una Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que se venera en la iglesia de San Nicolás *in carcere* de la ciudad de Roma, hace notar circunstancias sumamente expresivas, de las cuales deduce argumento valiosísimo en favor de la Aparición. Y con no menores caracteres de la inestimable penetración del autor, aparece el hermoso paralelo que introduce su acendrada piedad entre la Inmaculada Reina de Guadalupe y la Virgen Purísima de Lourdes, entre Benedicto XIV, el gran Papa Guadalupano que permanecía enternecido y como extático ante una copia de la celestial Imagen de la amabilísima Señora del Tepeyac, y Pío IX, el Pontífice inmortal de la Inmaculada; y entre Juan *Bernardino*, á quien fué revelado por la augusta Madre de Dios el dulcísimo título de «Santa María de Guadalupe,» y *Bernardita*, que de la misma Reina purísima de los ángeles recibe la revelación mil veces consoladora de que Ella era «la Inmaculada Concepción.»

Recuérdanos más adelante la originalidad y el mérito de los escritores Guadalupanos Antícoli y González, y con tierno entusiasmo hace notar las bellezas en que abunda la obra del señor Cuévas, al cual se goza en apellidar con razón el *Bayardo* mexicano. Manifiesta la debida admiración hacia el Doctor La Rosa por su monumental disertación latina en favor de la Aparición, y rinde cariñoso tributo de gratitud á los Prelados que más se han distinguido por su filial amor á la Santísima

Virgen de Guadalupe. Y al tratar de la solemnidad, por tanto tiempo esperada, de la Coronación de la celestial Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, ¿cómo no había de desbordarse el religioso entusiasmo del señor Licenciado Tercero? ¡Con qué afectuosa devoción reconoce que en sus investigables caminos el Señor permitió el retardo de algunos años, para que su purísima Madre apareciese ayer más honrada y enaltecida! Pero á los ruidosos y entusiastas vítores del pueblo fiel, tenían que suceder el despecho de los enemigos de María y el eterno rencor de las huestes del infierno. Suscítanse reñidas controversias para explicar las causas de la desaparición de la milagrosa corona, que tuvo desde un principio la celestial Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe; y en ellos toma parte en defensa de la verdad ofendida y de la inocencia calumniada un religioso de la Compañía de Jesús; que no podía menos de volver por los fueros de la verdad y de la justicia, una Orden ilustre que en todos tiempos se ha manifestado tan amante de la Inmaculada Reina del Tepeyac, dedicando á la defensa de la Aparición la actividad y los talentos de sus hijos.

Empeño muy digno de la piedad Guadalupana fué siempre el noble afán de estudiar las místicas relaciones, que con aquella Mujer singularísima de que nos habla el Evangelista San Juan en el Capítulo XII del Apocalipsis, tiene la celestial Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Nuestro fervoroso autor no descuida, por digno remate de su libro, este laborioso exámen. Enseña los sentidos en que pueden ser consideradas las palabras del mencionado pasaje de San Juan y las del capítulo LX del sagrado libro del profeta Isaías; y anímase su ardoroso corazón ante la providencial concordancia que se nota entre la gran Señal mencionada por el Profeta de Patmos y la sobrenatural Imagen de la Inmaculada Virgen de Guadalupe. Las doce estrellas son los doce apóstoles franciscanos que vinieron á

evangelizar el Anahuac; la desaparición de la tercera parte de las estrellas son los millones de indios que gemían en las tinieblas de la idolatría y fueron felizmente iluminados por la Purísima Madre de Dios aparecida en el Tepeyac. Las islas que esperaban al Mesías son las dos Américas, que anhelaban por ver la luz de la verdadera doctrina. Y las flores, de que habla Salomón en el Cantar de los Cantares, son las flores milagrosamente nacidas en la cumbre del Tepeyac, que con su propia sustancia y sus colores vivísimos pintaron después la celestial Imagen de Guadalupe, dirigidas por el dedo omnipotente de Dios.

Verdes todavía los laureles, que en feliz hora ha conquistado con su pluma el Sr. Lic. Don Juan Luis Tercero, creemos que los que hoy ciñe á sus sienes con la ofrenda que á Nuestra Celestial Madre de Guadalupe hace de esta preciosa obra, constituyen la más digna continuación de las legítimas glorias á que con sus reconocidos talentos pudiera noblemente aspirar.

«La Causa Guadalupana en los últimos veinte años (1875 á 1895)» es un libro destinado á vivir con perpetuo brillo, y á figurar con honra entre las más preciosas producciones de la literatura mexicana, y con especial predilección en la biblioteca de cada uno de los amantes hijos de la celestial Reina del Tepeyac. Con toda el alma felicitamos al autor por este nuevo triunfo.

Colegiata de Guadalupe, Mayo 30 de 1896.

✠ FORTINO HIPÓLITO,

Obispo de Cuernavaca.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez